

piedad, con la unción y poder de sus discursos, con la sabiduría de sus reglamentos ó constituciones sinodales, que veneraban sus palabras como sentencias bajadas del cielo, todas sus prescripciones como oráculos, regresando á sus pueblos todos los eclesiásticos, no menos consolados que edificados. Sin embargo, el santo Obispo no se contentaba con esto: convencido de que es poco escribir ó mandar lo que se ha de hacer, si no se tiene cuidado de que se practique, y que nada contribuye tanto á desprestigiar la autoridad como la negligencia en hacer ejecutar lo que una vez se ha prescrito, velaba asiduamente por la exacta observancia de todas sus órdenes. Cada seis meses sus veinte celadores, á los cuales se dió mas tarde el nombre de arci-
7 prestes, le daban cuenta de lo que habia pasado en su jurisdicción, y, si en esta relacion, algun infractor le era señalado, le hacia volver prontamente á su deber con una dulce firmeza. De aquí esa persuasión general, fundada en la notoriedad de los hechos, de que no habia medio de escapar de su vista; y de aquí tambien el admirable orden que logró establecer en toda su diócesis (1).

CAPITULO III.

Francisco de Sales estiendo su celo fuera de su diócesis.—Cuaresma en Dijon.—Primeras relaciones con la Señora de Chantal y su familia.

(Años 1603 y 1604.)

Francisco de Sales tenia el corazón demasiado grande y católico y el alma demasiado ardiente, para concretar su celo á la diócesis de Ginebra.

En todas partes donde se le presentaba ocasion de hacer bien, lo hacia. Habiéndose ya encargado de solicitar de la córte de Roma las bulas para un eclesiástico amigo

(1) Dep. de Moccand, Marrignier, Dumont, etc.

suyo, el Sr. Antonio Revel, natural del Delfinado, nombrado para el Obispado de Dol (1), las recibió aquel año de 1603. Otro se hubiera contentado con enviárselas, acompañadas de los cumplimientos de costumbre; y el santo Obispo podia hacerlo con tanta mas razon cuanto que, como dice al principio de su carta, estaba entonces agobiado de *infinitas ocupaciones*, hasta el punto de que no creia que ningun Obispo tuviese un cargo mas trabajoso y penoso que el suyo. Pero la caridad, para la que nada es imposible, supo hacerle encontrar tiempo para dirigir al nuevo Obispo los consejos mas útiles y prudentes. «Ahora es necesario, le dice, que seais otro, tanto en el interior como en el exterior, y para este grande y solemne cambio, moved y removed vuestro interior en todos sentidos...» Le exhorta luego á tomar consejo de los hombres eminentes en virtud y doctrina, entre los cuales le indica á Monseñor de Berulle, del que hace este notable juicio. «Es un hombre, dice, á quien Dios ha dado mucho, y no es posible tratarle sin sacar mucho provecho de su trato. Es todo lo que desearia ser yo mismo. No he encontrado persona que me satisfaga tanto.»

A los consejos de los hombres que viven, le invita á unir los escritos de los que no existen; y le recomienda la lectura reflexiva, primero de las obras espirituales del Padre Granada, que debia ser, le dice, *como su segundo Breviario*, y que enseñan todo lo que es mas propio para formar en un alma la verdadera y sólida virtud; en segundo lugar los tratados de piedad de Juan de Avila, las Confesiones de San Agustin y las Epístolas de San Gerónimo. Pero como no basta al Obispo ser santo, sino que debe saber santificar á los demás y gobernar á su pueblo, le aconseja lea con este objeto las *Morales* y la *Pastoral* de San

(1) Véase la *Vida de la Bienaventurada Maria de la Encarnacion*, por el abad Boucher, p. 221 y 222; y las *Vidas de los Santos de Bretaña*, por Mr. Tresvaux, t. VI, p. 292 y 293.

Gregorio, el libro de la *Consideracion* y las cartas de San Bernardo, la obra de Don Bartolomé de los Mártires titulada *Stimulus pastorum*, las actas de la iglesia de Milan, la vida de San Carlos Borromeo, y sobre todo el concilio de Trento, con el catecismo de este concilio, que debe *siempre*, le dice, *tener en sus manos*.

Por último, termina recomendándole lleve á su consagracion una fe viva que le haga temblar por la grandeza de su nuevo carácter, un respeto profundo á sí mismo, y una piedad sincera; que tenga al ángel de su diócesis y á su santo protector una devocion especial, y que sea fiel en predicar á menudo, como lo manda el concilio de Trento, pues, «el sermon paternal de un Obispo, le dice, vale mas que los sermones artificiosos, y por poco que diga es siempre mucho.»

Pocos meses despues de esta carta, un acontecimiento que debia tener una inmensa importancia en todo su porvenir, así como en bien de la religion, le llamó fuera de su diócesis. Los regidores de Dijon, informados por la fama de su razonamiento, le invitaron á que fuera á predicar la Cuaresma en su ciudad. El compromiso que se habia impuesto de no rehusar nunca la palabra de Dios á quien se la pidiese, hubiese bastado para hacerle aceptar la invitacion; pero otras dos razones poderosas se unieron á esta. Le pareció en primer lugar, que esto sería un medio de ponerse en íntima relacion con el parlamento de Borgoña, de quien dependia el país de Gex, y obtener varias medidas importantes para el bien de la religion. En segundo lugar Enrique IV, por una distraccion que se concibe en un monarca cargado de tantos negocios, olvidando la cesion que le habia hecho de las rentas de los bienes eclesiásticos del país de Gex para establecer en él los párrocos, habia, por un decreto posterior á esta cesion, dado estos mismos bienes, á título de beneficios, á Andres Fremiot, consejero del parlamento de Dijon, recientemente nombrado arzobispo de Bourges, aunque no promovido aun al sacerdocio; y este, poco dispuesto á desprenderse de ellas, queria hacer

valer el último decreto sobre el primero. Ya el negocio habia sido discutido en Dijon; y un gentil-hombre de la cámara del Rey, el Sr. de Deshayes, gran amigo del Obispo de Ginebra, habia intentado en París, hacer revocar la orden que cedia al Arzobispo los beneficios ya concedidos á otros (1), y sin embargo, aún no se habia terminado el asunto. Por otro lado el santo Obispo no queria dilatar el pleito, «porque, decia, los procesos entre Obispos no pueden menos de ser escandalosos.» Este sentimiento le hacia desear vivamente arreglar el negocio de un modo amigable, entendiéndose con el Obispo; y la estacion de la Cuaresma que se le proponia, le ofrecia la mas favorable ocasion para ello. Acogió por lo tanto con alegría la proposicion.

Pero ántes escribió al Duque de Saboya para pedirle permiso; porque llevaba tan al extremo la deferencia al beneplácito de su soberano, que no queria sin su consentimiento, hacer una ausencia tan larga fuera de sus estados. El Príncipe, por estimacion sin duda á un Obispo cuyos servicios eran tan preciosos á la religion y á sus súbditos, rehusó primero su consentimiento; pero habiéndoselo pedido con instancia los regidores de Dijon, se dejó ablandar, é hizo saber al santo prelado que le daba entera libertad para ir á donde le llamaban tan ardientes deseos.

Provisto del permiso de su soberano en el orden temporal, como servidor adicto á la Santa Sede quiso tambien el consentimiento del Papa, al cual escribió rogándole tuviese á bien aprobar este viaje, proyectado únicamente por el bien espiritual del país (2). Empieza por decirle que uno de los mayores embarazos de su posicion es tener que tratar con dos potencias, la Saboya y la Francia, entre las que se halla dividida su diócesis, contemporizar con dos autoridades rivales, y abogar en dos tribunales la causa de la religion. Luego espone cuál es el interés

(1) Carta I.

(2) Carta II.

que le mueve á hacer este viaje; pero tiene gran cuidado de no nombrar al Arzobispo de Bourges, por una delicadeza digna de su hermosa alma, limitándose á decir que tiene una diferencia que arreglar con un consejero del parlamento de Dijon sobre los bienes eclesiásticos del país de Gex, que espera terminar de la manera mas favorable á la religion. Añade que, por lo demás, su ausencia no será mas que de dos meses, y que deja su diócesis abundantemente provista de socorros espirituales. «Sin embargo, dice al terminar, no he querido partir sin partírselo á Vuestra Santidad, deseando darle cuenta de todas mis acciones, que deben ser reguladas en todo y por todo segun el beneplácito del sucesor del Príncipe de los apóstoles.»

Entre tanto se aproximaba la Cuaresma; y el santo Obispo, que habia comprendido hacia largo tiempo que la oracion es la primera preparacion para el ministerio evangélico, que antes de ir á predicar á los demás las grandes verdades de la religion es necesario predicárselas á sí mismo y penetrarse de ellas en el silencio de la meditacion, resolvió consagrar antes de su partida algunos dias al retiro. El lugar que escogió para este designio fue el castillo de Sales, donde iba á recogerse cinco ó seis dias una vez al año. Ningun lugar en efecto era mas á propósito para un retiro; este era mas bien un monasterio que un castillo, un santuario de religion y piedad, que una casa de un gran señor. Como confesaba á todos sus habitantes, desde su madre, sus hermanos, hermanas y cuñadas, hasta las mismas nodrizas y criados, á todos los habia, con su hábil direccion, formado á las verdaderas y sólidas virtudes, de modo que la religion reinaba en toda su perfeccion en aquella mansion afortunada, embelleciéndola con sus encantos y haciendo de ella un paraiso. Un dia, habiendo una violenta tempestad estallado sobre la casa, todos los habitantes del castillo, espantados, creyeron que era su última hora, y se pusieron á rezar de todo corazon. Cuando hubo cesado la tormenta, «¡oh! qué gusto he tenido, les

»dijo el santo Obispo, en veros hacer tantas veces la señal »de la cruz, y en oiros invocar con tanto fervor el santo »nombre de Jesus. Sin este temor no hubiérais orado así.— »¿Pero tú, le preguntó su madre sorprendida de su tranquilidad, en medio del peligro no tienes nunca miedo?» A lo cual le contestó. «Siempre lo tengo de desagradar á »Dios.» (1)

Era un espectáculo delicioso ver la concordia y la armonía que unia á todos los miembros de esta santa familia. Rara vez las suegras y nueras, las cuñadas y cuñados simpatizan; pero allí habia en todos una perfecta union de corazones, que hacia la felicidad del santo Obispo, segun estas dulces palabras que mas tarde escribia á la Señora de Chantal. «Estoy aquí, lleno de un tierno é incomparable consuelo al lado de mi buena madre. Tendríais gusto en ver una union tan perfecta: puedo aseguraros para gloria de Dios, que no hay aquí mas que un corazon y un alma unidos en un santísimo amor.» (2) La Señora de Boissy, despues del Obispo de Ginebra, era el instrumento y como el alma de todo este gran bien; esta digna madre de familia no perdonaba nada para hacer florecer todas las virtudes en su casa; y con el fin de conseguirlo mejor, consultaba con su santo hijo en todas las ocasiones.

Desde que era sacerdote le habia tomado por confesor y guia, y cuando le vió honrado con el episcopado, su confianza se aumentó aún mas; no mirándole ya sino como á su padre y su angel visible, seguia religiosamente todos sus consejos, se los pedia por escrito, y las escelentes instrucciones que le dió formaron mas tarde una parte del libro incomparable de la *Introduccion á la vida devota*.

Tal era el piadoso asilo donde el santo Obispo se preparó para predicar la Cuaresma en Dijon; allí, libre de todo cuidado, enteramente entregado á sus graves reflexiones, conoció por esperiencia que la soledad es la ma-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 8 de agosto.

(2) Carta DLXV.

dre de los grandes pensamientos, de las firmes convicciones, de los profundos conocimientos, de todas las bellas cualidades que forman el orador cristiano, el apóstol y el salvador de las almas. La mayor parte de su tiempo estaba consagrado á la oracion, consultando mas con Dios que con los libros, pidiendo luces en la oracion mas que en el estudio; y el cielo no faltó á su confianza, porque no solo le mostraba las hermosas verdades que buscaba, sino que le ilustraba en las mismas materias en que no pensaba. Eso es lo que nos demuestra un éxtasis que tuvo entonces, y que se ha conservado como uno de los hechos célebres de su vida. Un dia que estaba solo en la capilla del castillo abismado en una meditacion profunda, de repente fué arrebatado en éxtasis; y mientras estuvo en este estado sobrenatural, dos grandes maravillas se obraron en él: la primera fué una iluminacion súbita, que ilustró su espíritu con una prodigiosa abundancia de luces tocante á los misterios de la fe y á la dispensacion de las gracias; y la segunda, una revelacion detallada de que sería un dia fundador de una orden religiosa. Le fué tambien concedido ver distintamente las personas principales con quienes debia empezar esta orden: vió en efecto una mujer de elevada estatura, de rostro grave y modesto, vestida de negro como una viuda, acompañada de dos religiosas vestidas casi lo mismo; y oyó una voz que decia, que estas tres personas debian ser las primeras religiosas de su instituto. La propagacion de esta orden le fué luego mostrada bajo dos símbolos: uno era un árbol plantado en el fondo de un valle; el cual, elevándose sobre las montañas, estendia sus ramas por todo el mundo; el otro una fuente de agua dulce, muy pequeña en su origen, pero que siguiendo su curso, iba creciendo siempre y se dividia luego en varios deliciosos arroyos y grandes rios (1). Tal fué la vision con que Dios favoreció á su siervo; no duró más que media hora, pero la impresion de la divinidad que

(1) Carlos Aug., p. 311.

acababa de comunicársele se le borró muy lentamente, permaneciendo durante algun tiempo extraordinariamente encendido, y con una especie de resplandor que parecia milagroso.

Toda su familia quedó admirada, y como en el primer momento ignoraba la causa de ello, creyó ver en esto el efecto de las llamas que devoraban su corazon. Esto es lo que han depuesto varios testigos en el proceso de su beatificacion. «Yo estaba presente con Jorge Rolando, dice »Francisco Favre en su deposicion, cuando el santo vol- »vió de su éxtasis, y fui testigo de que su rostro apareció »resplandeciente como el de un hombre trasportado en »Dios; todos los demás miembros de su familia le vieron »como nosotros, y aun he oido, añade, referir un suceso »de este éxtasis al presidente Antonio Favre, que lo sabia »de la misma boca del santo.» (1)

Preparado así con el retiro al ministerio que tenia que desempeñar, Francisco de Sales partió para Dijon, despues de haber informado de ello al Duque de Saboya, por medio de una carta en la que protestaba que no emprendia este viaje con otra mira que la de los intereses de la religion, y que estaria ausente el menos tiempo posible, considerándose fuera de su diócesis como fuera de su elemento; y finalmente, tenia extremo deseo en servir y obedecer á Su Alteza y darle pruebas de una fidelidad inviolable. En efecto, no dejaba nunca su querido Annecy sino con profundo pesar, aun cuando estaba convencido de que Dios queria que saliera de allí. «No salgo nunca de mi redil, decia, »sino con inquietud; temo que mis ovejas queden hambrientas mientras que doy pasto á las ajenas, ó que el »lobo, aprovechándose de mi ausencia, me arrebatte algunas.» (2)

Los regidores de Dijon, informados de que se aproximaba el santo Obispo, salieron á su encuentro, acompaña-

(1) Carta LII.

(2) Extracto del proceso de la beatificacion del santo Obispo.

dos de gran número de eclesiásticos y varios de los principales habitantes; le recibieron con los mayores honores, y le condujeron en corporación al alojamiento que le habían preparado. El celoso predicador puso al punto manos á la obra; y desde los primeros días, un pueblo inmenso, tanto en la ciudad como en los alrededores, se apiñaba en torno del púlpito, ávida de oír la palabra de un santo, que era al mismo tiempo un famoso orador. Cuando le hubieron oído una vez, desearon oírle otra; y en el entusiasmo que producía la belleza de sus discursos, la fuerza de sus razonamientos, y sobre todo la unción de piedad que perfumaba, por decirlo así, cada una de sus palabras, muchos, tanto seglares como religiosos, se apresuraban á recoger por escrito, en la misma iglesia, cuantas instrucciones salían de su boca (1). Los calvinistas mismos, entonces muy numerosos en Dijon, acudieron en multitud como los católicos, y escucharon con respeto á este predicador de un género nuevo, que no mandaba con fuerza, sino que se insinuaba como amigo y cautivaba los corazones, y que trataba la controversia, no como un argumentador celoso de la victoria, sino como un padre lleno del deseo de atraer á sus hijos extraviados. Notablemente distinguido en todos los géneros, el santo predicador lo era sobre todo en los asuntos tiernos que hablan directamente al corazón; y la Pasión que predicó el Viernes santo, recorriendo, por decirlo así, uno por uno todos los sufrimientos del Salvador, y derramando sobre cada uno de ellos los vivos afectos de que su alma estaba inundada, sobrepujó á todo lo que se había dicho hasta entonces. Todo el auditorio se deshizo en lágrimas, y hasta los más insensibles no pudieron resistir á la acción de su palabra. Este triunfo, sin embargo, no satisfacía á su ambición; pues, lo que el quería era el cambio de las costumbres, según la respuesta que dió al día siguiente á un presidente del parlamento, Habiéndole este dicho que en su vida había llorado tanto, «Señor, le con-

(1) Extracto del proceso de la beatificación del santo Obispo.

»testó, las hijas de Jerusalén lloraron también cuando vieron sufrir al Hombre-Dios, pero los hijos de la Iglesia no se contentan con ese rocío; después de haber regado con lágrimas la tierra de su corazón, la hacen producir frutos de salvación.» El presidente comprendió por estas palabras que el santo Obispo conocía su flaco, y le prometió dejar la ocasión del pecado en que vivía (1).

Una cosa sobre todo hacía poderosa la palabra del predicador, á saber, su vida santa y apostólica, que era para todo el mundo la confirmación de sus discursos. No se podía dejar de reconocer al hombre de Dios en un obrero evangélico, que no vivía para sí sino para los demás; todos los días en el púlpito, á cada momento dispuesto á escuchar á los que querían hablarle, y añadiendo á estos trabajos la visita diaria á los pobres y enfermos en los hospitales. En estos asilos del dolor se hacía el amigo y el padre de los desgraciados, consolándolos con su bondad, instruyéndolos con discursos adaptados á su posición, en los que era fácil reconocer que sabía tan bien hablar con los pobres como con los grandes, animar la piedad del débil como abatir el orgullo del impío, tartamudear con el niño como razonar con el sabio. Después de haberlos instruido, los exhortaba dulcemente á poner en orden su conciencia, como quisieran haberlo hecho en la hora de la muerte; y para ganar mejor sus corazones y escitarlos á orar, iba con frecuencia por las mañanas á celebrar delante de ellos, y por su intención, el santo Sacrificio (2).

El pueblo de Dijon no se edificaba menos con las piadosas peregrinaciones que hacía su nuevo apóstol á la habitación donde nació en otro tiempo San Bernardo, que después se ha convertido en capilla. Se le veía de tiempo en tiempo ir muy de mañana á ofrecer el santo Sacrificio en este santuario, situado á un kilómetro de la ciudad, para llenarse allí del espíritu del piadoso doctor, de su caridad con Dios,

(1) De Cambis, t. I, p. 511.

(2) Carlos Aug., p. 312.—De Maupas, p. 243.

de su tierna devocion con María; y durante el camino, no dejaba pasar desapercibida ninguna ocasion de practicar el bien. Un día que volvía de esta capilla, encontró á un pobre que, cansado de mendigar, habia juzgado mas cómodo disfrazarse de sacerdote, para obtener á favor de este disfraz las comodidades de la vida. El pueblo, que le habia reconocido, le golpeaba con indignacion, y sin forma de proceso le hacia espiar su falta. Francisco, mas sensible á la suerte del desgraciado que si él mismo hubiera recibido los golpes, corrió á su socorro y le arrancó del furor del pueblo. «¿Qué haceis, amigos míos? les gritó. »¿Os olvidais de que los mismos que tienen la desgracia de cometer faltas deben ser tratados siempre con bondad, y que irritarse contra ellos, es añadir la propia falta á la suya?» (1)

Despues de tan repetidos y edificantes ejemplos, unidos á tantos bellos discursos, no debemos admirarnos de que la palabra del santo predicador apartara del desorden á tantas almas extraviadas, y elevara á otras muchas á las mas sublimes virtudes. Se apiñaban al rededor de su confesonario para depositar en el corazon de este buen padre la carga de sus pecados; todos querian reconciliarse con Dios por medio de él, y no le dejaban un momento de reposo. Toda la quincena de Pascua, sobre todo, no salió del santo Tribunal sino para subir al púlpito; y se admiraban de que pudiera dar abasto á tantas confesiones y sermones á un tiempo.

En cuanto á él, lejos de quejarse de la fatiga encontraba en ello un dulce consuelo, y bendecia á Dios por el feliz resultado de su mision. Oigámosle á él mismo dar cuenta de ella con una modestia que, aunque no refiere mas que la mitad del bien obrado, deja adivinar el resto. «No he encontrado nunca, dice (2), un pueblo tan amable

(1) Carlos Aug., p. 313.

(2) Carta LXI.

»y tan bueno, ni tan fácil para recibir las santas impresiones. Se ha conseguido algun fruto, á pesar de mi indignidad; algunos hugonotes se han convertido, algunas personas débiles y vacilantes se han afirmado; muchos »han hecho confesiones generales conmigo mismo, pues »tanta era la confianza que tenían en mi afecto; muchos »tambien han emprendido una nueva vida, todo lo cual »prueba cuán bueno es este pueblo. He encontrado aquí »algunos centenares de personas seglares que llevan una »vida muy perfecta, y en medio del tumulto de los negocios hacen todos los días su meditacion.»

Pero por grandes que fueran los resultados obtenidos con sus predicaciones, el santo Obispo sacó de su estancia en Dijon un fruto mejor aún, mas dulce á su corazon y mas precioso para la Iglesia, por el conocimiento que hizo con la Baronesa de Chantal. Desde entonces empezaron entre él y esta alma escogida las relaciones que ligaron estrechamente estas dos existencias, para la gloria de Dios y la salvacion de gran número de otras. Antes de contarlas, es necesario hacer conocer en compendio la historia de esta mujer memorable en los anales de la Iglesia, desde su nacimiento hasta la época en que nos encontramos.

Hija de un presidente del parlamento de Borgoña, Juana Francisca Fremiot, despues Baronesa de Chantal, nació en Dijon en 1572 el 23 de enero, fiesta de San Juan Limosnero, cuya generosa caridad para con los pobres habia de imitar despues. Desde su tierna edad se admiró en ella una piedad ejemplar, una modestia rara, una aversion á los herejes tan decidida, que no consentia que la tocasen ni la tomaran en sus brazos. Aprendió con facilidad todo lo que convenia á una joven de su clase, y mostró en sus estudios una gran penetracion y viveza de espíritu. La energía de su alma era aún mas notable.

Habiendo ido al Poitou con su hermana, la Baronesa de Effian, supo, á pesar de su juventud, triunfar á la vez de los lazos que tendió á su virtud una persona del castillo, horriblemente hábil en el arte de seducir, y de las